

DECLARACIÓN

LOS PRINCIPIOS
FUNDAMENTALES

— DEL —

MOVIMIENTO ADVENTISTA REMANENTE

Presentando al público esta sinopsis de nuestra fe, nosotros deseamos que se entienda claramente que no tenemos un credo, aparte de la Biblia. Nosotros no ponemos esto para tener alguna autoridad sobre las personas en nuestro movimiento, pero es una breve exposición de nuestra creencia basada en las Sagradas Escrituras, cual fue también el fundamento de los principios fundamentales del movimiento Adventista, del cual somos el Remanente.

Como fiel Remanente del movimiento Adventista, nosotros deseamos simplemente que se entienda nuestra posición y que estamos preparados para dar una razón de nuestra creencia “a todo hombre que te pida.” Las siguientes proposiciones pueden ser tomadas como un resumen de las principales características de nuestra fe, sobre la cual, hasta donde sabemos, unanimidad en todo el cuerpo. Nosotros creemos:

— I —

Que hay un Dios, un Ser personal, espiritual, el creador de todas las cosas, omnipotente, omnisciente y eterno; infinito en sabiduría, santidad, justicia, bondad, verdad y misericordia; inmutable y está presente en todas partes por su representante, el Espíritu Santo, (Salmos 139).

— II —

Que hay un solo Señor Jesucristo, unigénito (*Gr. "monogenes"*) Hijo del Padre Eterno, quien es por naturaleza Dios, y aquel por quien y en quien todas las cosas fueron creadas, y en quien todas las cosas son mantenidas en su existencia (Colosenses 1:15-17); que él tomó sobre sí la naturaleza de la simiente de Abraham para la redención de la raza humana caída; él habitó entre los hombres, lleno de gracia y de verdad, vivió como ejemplo para nosotros, murió sacrificado por nosotros, fue resucitado para nuestra justificación, ascendió a lo alto para ser nuestro único mediador en el santuario celestial, donde, por los méritos de su sangre derramada, él asegura el perdón y el perdón de los pecados de todos los que arrepentidos acuden a él; y que lo hará como la parte final de su trabajo como sacerdote, antes de que tome su trono como rey, hace que la gran expiación por los pecados de todos los fieles, y sus pecados sean luego borrados (Hechos 3:19) y llevado fuera del santuario, como se muestra en el servicio Levítico, el cual presagiaba y prefigu-

raba el ministerio de nuestro Señor en el cielo. (Vea Levítico 16; Hebreos 8:4-5; Hebreos 9:6-7; etc.)*

*NOTA.— Algunas personas desconsideradas pueden acusarnos de rechazar la expiación de Cristo por completo, porque disentimos de la opinión de que la expiación se hizo sobre la cruz, como generalmente se sostiene. Pero nosotros no hacemos nada de este tipo, solo discrepamos en cuanto a *tiempo* en cuando la expiación ha sido completamente hecha. Nosotros objetamos el punto de vista de que la expiación se hizo completamente sobre la cruz, porque es totalmente contrario al tipo, que colocó la expiación, no solo al *principio*, sino también al *final* del servicio anual del santuario (vea los versículos al final del principio II), y porque conduce inevitablemente a uno de dos grandes errores. Así, Cristo llevó el pecado de todo el mundo en la cruz. Juan dijo, “¿He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo!” (Juan 1:29). Pedro nos dice que cuando llevó los pecados del mundo; “Quien llevó Él mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero.” (1 Pedro 2:24). Pablo dice que “Por *todos* murió” (2 Corintios 5:14,15). Lo que Cristo hizo en la cruz, por lo tanto, fue hecho indiscriminada mente e incondicionalmente para todo el mundo; y si esta fue la expiación que fue completada sobre la cruz, entonces los pecados de todo el mundo han sido expiados, y *todos serán salvos*. Esto es universalismo en su resplendor. La Escritura niega claramente que todas personas serán salvadas (ver Apocalipsis 21:8). El segundo gran error es la doctrina de elección y predestinación, que afirma que Dios ha predestinado a los que serán salvos y a los que no. Como el error del universalismo, la Escritura claramente niega este punto de vista (ver 1 Timoteo 2:3-4; Isaías 55:1; Mateo 11:22). Nosotros evitamos estos dos errores y nos encontramos en armonía con el tipo de Mosaico, y con todas las declaraciones de las Escrituras, cuando tomamos la posición de lo que Cristo hizo en la cruz fue proporcionar un *sacrificio* divino para el mundo, lo suficiente para salvar a todos, y lo ofreció a todo aquel que lo aceptara; que luego él, por los méritos de su ofrenda, actúa como mediador con el Padre hasta el fin de los tiempos, asegurando el perdón de los pecados para todos los que lo buscan; y así, él, con el último servicio de su sacerdocio, borrará los pecados de todos los que se han arrepentido y convertido (Hechos 3:19), y la expiación no siendo completado hasta que esta obra de borrar el pecado haya terminado. Así Cristo expía, no por los pecados de todo el mundo, para salvar a todos, ni para unos pocos favorecidos, sino para aquellos quienes, como agentes morales libres, han buscado voluntariamente de él el perdón del pecado y la vida eterna. Y todos por quienes se hace la expiación, serán salvos para siempre en su reino. Este punto de vista de ninguna manera resta valor al mérito de la ofrenda de Cristo, ni del valor y la gloria de su obra expiatoria por los hombres. Mientras estamos en esta línea, no somos conducidos al universalismo, por un lado, ni en la predestinación por el otro.

— III —

Que hay dos Seres únicos, quienes son por su naturaleza Dioses; un Dios absoluto, el padre, quien no tiene principio y quien es la fuente de todo, y sólo un unigénito (*Gr. "monogenes"*) Dios, el hijo, quien tiene su principio por nacimiento del Padre, antes que cualquier cosa fue creada; que hay un Espíritu Santo, el cual el Padre y el hijo poseen conjuntamente por medio del cual ellos son omnipresentes y actúan en la vida y materia inanimada; que Dios con su Espíritu a través de Cristo, da vida a todos los seres vivos y mantiene todo vivo, y que aparte de ese Espíritu, los seres vivos no poseen algún espíritu propio separado que sea independiente de Dios. (1 Corintios 8:6; 1 Timoteo 6:16; Juan 1:1; Hebreos 1:8; Romanos 9:5; Juan 15:26; Job 33:4; Romanos 8:9; Efesios 2:18; Efesios 4:4).

— IV —

Que la Sagrada Escritura, el Antiguo y el Nuevo Testamento es dado por la inspiración de Dios, el cual contiene una revelación plena de su voluntad al hombre, y es la única regla infalible de fe y práctica. (2 Timoteo 3:16; 1 Pedro 1:10-11; Romanos 6:17-18).

— V —

Que el bautismo es una ordenanza de la comunidad cristiana, que sigue a la fe y al arrepentimiento, y por una ordenanza por el cual nosotros conmemoramos a la resurrección de Cristo, ya que con este acto nosotros manifestamos nuestra fe en su sepultura y resurrección, y a través de eso, en la resurrección de todos los

santos en el último día; que ningún otro modo de realizar el bautismo, representa más adecuadamente estos hechos que los prescribe la Escritura y que es por inmersión; que el bautismo es precedido por la aceptación de la doctrina de Cristo, por la cual el bautismo de los pequeños niños, es de cualquier manera, una práctica no bíblica que no tiene base en la Biblia. (Romanos 6:3-5; Colosenses 2:12; Hechos 8:38; Mateo 28:19).

— VI —

Que el nuevo nacimiento comprende todo el cambio necesario para prepararnos para el reino de Dios, y consiste en dos partes; la primera parte es un cambio moral provocado por la conversión y la vida cristiana (Juan 3:3-5); y el segundo es un cambio físico en la segunda venida de Cristo, por el cual, si estamos muertos, seremos resucitados incorruptibles, y si vivimos, seremos transformados a la inmortalidad en un abrir y cerrar de ojos. (Lucas 20:36; 1 Corintios 15:51,52).

— VII —

Esa profecía es una parte de la revelación de Dios al hombre; que está incluido en aquella escritura lo cual es provechosa para instrucción (2 Timoteo 3:16); que está diseñado para nosotros y para nuestros niños (Deuteronomio 29:29); que está tan lejos de estar envuelto en un misterio impenetrable, porque es lo que constituye especialmente la palabra de Dios, lámpara a nuestros pies y lumbrera a nuestro camino. (Salmos 119:105; 2 Pedro 1:19); que se pronuncie una bendición sobre estos quienes lo estudian (Apocalipsis 1:1-

3); y que, en consecuencia, el pueblo de Dios debe entenderlo lo suficientemente como para mostrarles su posición en la historia del mundo y los deberes especiales requeridos para su funcionamiento.

— VIII —

Que la historia del mundo desde fechas específicas en el pasado, desde el ascenso y la caída de los imperios, y la sucesión cronológica de acontecimientos hasta el establecimiento del reino eterno de Dios, se describe en numerosas grandes cadenas de profecía; y que estas profecías se han cumplido excepto las escenas finales.

— IX —

Que la doctrina de la conversión del mundo y un milenio temporal es una fábula de estos últimos días, calculaba para adormecer a los hombres en un estado de seguridad carnal y hacer que sean alcanzados en el día del Señor como un ladrón en la noche. (1 Tesalonicenses 5:3). Que la segunda venida de Cristo precederá, no seguirá, al milenio, porque hasta que el Señor aparezca, el poder papal, con todas sus abominaciones, debe continuar (2 Tesalonicenses 2:8), el trigo y la cizaña crecen juntos (Mateo 13:29, 30,39), y los hombres malvados y los seductores van de mal en peor, a medida que la palabra de Dios declara. (2 Timoteo 3:1-13).

— X —

Que el error del movimiento adventista en 1844 se refería a la naturaleza del evento que iba a ocurrir en ese momento, y no al tiempo; que no se le da ningún

período profético a llegar al segundo advenimiento, pero que el más largo, los dos mil trescientos días de Daniel 8:14, terminó en 1844, y que nos llevó a un evento llamada la limpieza del santuario.*

* El movimiento Adventista del 1844 esperaba que el fin del mundo llegaría en ese año, porque sostenían que ciertas profecías que creían que alcanzaban a la venida del Señor entonces sucedería. La principal de ellas fue la profecía de Daniel 8:13-14, que dice que al final del período profético de 2300 días (años) el santuario será limpiado. Ellos creían que la tierra era el santuario que entonces debía ser purificado, y que su limpieza debía realizarse con fuego, que acompañaría a la manifestación del Señor desde el cielo. Basado en estas premisas, parecía inevitable que cuando terminaran los 2300 años, en 1844, el Señor vendría.

Pero pasó el día y el Salvador no apareció. Suspendido entre la esperanza y el miedo, y esperando hasta que se agotaran todas las concesiones plausibles para posibles inexactitudes de cálculo y variaciones de tiempo, finalmente se hizo evidente que se había cometido un gran error, y que el error debe ser en uno o ambos de los siguientes puntos, primero, el periodo de los 2300 días no terminaban en aquel tiempo, y se habían equivocado al suponer que este período terminaría en aquel año; o, en segundo lugar, la limpieza del santuario no sería el incendio de la tierra en la segunda venida de Cristo, y por lo tanto habían cometido un error al esperar tal evento en ese momento. Si bien existía la posibilidad de que hubieran cometido un error en ambos puntos, era seguro que habían cometido un error en uno de ellos; y cualquiera de los dos sería suficiente para explicar el hecho de que el Señor no apareció en ese entonces.

Un movimiento que ha despertado el interés de miles y miles de personas y ha emocionado sus corazones con una esperanza entusiasta, no debía ser abandonado, especialmente por sus seguidores más conservadores y sinceros, sin pensamiento y reflexión una seria. Por lo tanto, se volvió a examinar cuidadosamente todo el campo de evidencias. Pronto se hizo evidente que se estaban adoptando dos métodos para dar cuenta del hecho de que el Señor no vino cuando se esperaba y para explicar la consiguiente decepción.

Una clase de personas, en un salto imprudente, llegó a la conclusión de que habían cometido un error en el tiempo y que los períodos proféticos no habían expirado. Esto fue, por supuesto, abandonar todo el movimiento anterior, con todas las manifestaciones del poder divino que lo acompañaban; porque si el tiempo era incorrecto, todo estaba mal. Otra clase, impresionada por el hecho de que Dios había dado demasiada evidencia de su conexión con el movimiento como para abandonarlo, revisó cuidadosamente la evidencia en cada punto. El resultado de esto fue una convicción más clara de la fuerza y armonía del argumento sobre la cronología. Ellos no vieron motivos para cambiar sus puntos de vista sobre el cómputo del tiempo, pero estaban aún

— XI —

Que el santuario del nuevo pacto es el tabernáculo de Dios en el cielo, del cual habla Pablo en Hebreos 8 en adelante, y en el cual nuestro Señor sirve como gran sumo sacerdote; que este santuario es el antitipo del tabernáculo Mosaico, y que la obra sacerdotal de nuestro Señor, relacionada con el mismo, es el antitipo de la obra de los sacerdotes judíos en el tabernáculo o templo terrenal (Hebreos. 8:1-5, etc.); que esto, y no la tierra, es el santuario que será purificado al final de los dos mil trescientos días. Lo que en este caso se denomina su limpieza, como en el tipo, es simplemente la entrada del sumo sacerdote al lugar santísimo, para finalizar el servicio anual relacionado con la limpieza, haciendo la expiación y quitando del santuario los pecados de los creyentes, que habían sido transferidos al santuario por medio de la ministración ministerio en el primer apartamento (Levítico 16; Hebreos 9:22,23); y que este trabajo en el antitipo, comienza en 1844, consiste en realidad borrando los pecados de los creyentes (Hechos 3:19), y ocupa un espacio de tiempo breve pero indefinido, a cuya conclusión la obra de misericordia para el mundo terminará, y la segunda venida de Cristo tendrá lugar.

más decididos a que los 2.300 días fueron aplicados correctamente y terminaron en el tiempo señalado en el 1844. Así vieron que el error residía en sus puntos de vista anteriores sobre el tema del santuario y su limpieza, y que habían cometido un error al suponer que la tierra sería quemada al final de los 2300 días, porque la profecía decía que entonces el “santuario” debe “ser limpiado”.

— XII —

Que los requisitos morales de Dios son los mismos sobre todos los hombres en todos los tiempos; que estos están resumidamente contenidos en los mandamientos hablados por Jehová desde el Sinaí, grabado en tablas de piedra y depositado en el arca, que en consecuencia fue llamada "arca del pacto", o testamento (Números 10:33; Hebreos 9:4, etc.); que esta ley es inmutable y perpetua, siendo una transcripción de las tablas depositadas en el arca en el verdadero santuario en lo alto, que es también, por la misma razón, llamada el arca del testamento de Dios; porque bajo el sonido de la séptima trompeta se nos dice que "el templo de Dios fue abierto en el cielo, y el arca de su pacto se veía en el templo." (Apocalipsis 11:19).

— XIII —

Que el cuarto mandamiento de esta ley exige que dediquemos el séptimo día de cada semana a la abstinencia de nuestro propio trabajo, y a la realización de deberes sagrados y religiosos; que este es el único Sábado semanal conocido en la Biblia, siendo el día que fue fijado aparte antes de que se perdiera el Paraíso (Génesis 2:2,3), y que será observado en el Paraíso restaurado (Isaías 66:22,23); que los hechos sobre los cuales se basa la institución del Sábado la limitan al séptimo día, como no lo son para ningún otro día; y que los términos *Sábado Judío*, aplicado al séptimo día y al *Sábado Cristiano*, aplicados al primer día de la semana, son nombres de invención humana, antibíblicos de hecho y falsos en significado.

— XIV —

Que como el hombre de pecado, el papado, ha pensado cambiar los tiempos y las leyes (la ley de Dios, Daniel 7:25), y ha engañado a casi toda la cristiandad con respecto al cuarto mandamiento, encontramos una profecía de una reforma a este respecto debe lograrse entre los creyentes justo antes de la venida de Cristo. (Isaías 56:1,2; 1 Pedro 1:5; Apocalipsis 14:12, etc.)

— XV —

Que los seguidores de Cristo deben ser personas peculiares, no siguiendo los principios, ni se conformen a los caminos del mundo; ni amando sus placeres, ni tolerando sus locuras; por cuanto el apóstol dice que “Cualquiera, pues, que quiera ser” en este sentido, “amigo del mundo, es enemigo de Dios” (Santiago 4:4); y Cristo dice que no podemos tener dos señores, o al mismo tiempo, servir a Dios y a las riquezas. (Mateo 6:24)

— XVI —

Que dado que las leyes de la naturaleza son las leyes de Dios, Dios requiere que su pueblo sostenga y predique la reforma pro salud como la mano derecha del evangelio; porque “¿No sabéis que sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios mora en vosotros?” y “¿No sabéis que vuestros cuerpos son miembros de Cristo?” y “Si alguno destruyere el templo de Dios, Dios le destruirá a él; porque el templo de Dios, el cual sois vosotros, santo es.”; “Porque habéis sido comprados por precio; glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, los cuales son de Dios.”

(1 Corintios 3:16-17); (1 Corintios 6:15); (1 Corintios 6:20).

— XVII —

Que la Escritura insiste en la sencillez y la modestia en la vestimenta como una marca prominente del discipulado en aquellos que profesan ser seguidores de Aquel que fue “manso y humilde de corazón”, que el uso de oro, perlas, y costosos atavíos, o cualquier cosa diseñada simplemente adornar a la persona y fomentar el orgullo natural del corazón, debe ser descartado, según a tales escrituras como (1 Timoteo 2:9,10; 1 Pedro 3:3,4).

— XVIII —

Que los medios para el apoyo a la obra evangélica entre los hombres deben ser aportados del amor a Dios y amor de las almas; que la proporción de los ingresos de uno debe ser conforme a lo que el Señor ha determinado en tiempos anteriores; que es lo mismo que Abraham como (de quién somos hijos, si somos de Cristo; Gálatas 3:29) pagó a Melquisedec (tipo de Cristo) cuando él le dio el décimo de todo (Hebreos 7:1-4); el diezmo es el del Señor (Levítico 27:30); y esta décima parte de los ingresos también es complementado con ofrendas de aquellos que puedan, para el sustento de la obra del evangelio. (2 Corintios 9:6; Malaquías 3:8-10).

— XIX —

Que así como el corazón natural o carnal está en enemistad con Dios y su ley (Romanos 8:7), esta enemistad sólo puede neutralizarse mediante una

transformación radical de los afectos, el intercambio de principios impíos por santos; que esta transformación que sigue al arrepentimiento y la fe, es la obra especial del Espíritu Santo y constituye el nuevo nacimiento. (1 Pedro 1:22-25).

— XX —

Que como todos han violado la ley de Dios, y no pueden por sí mismos rendir obediencia a sus justos requisitos, nosotros dependemos completamente de Cristo, primero, por la justificación de nuestras ofensas pasadas y, en segundo lugar, por la gracia por la cual Dios, por medio de Cristo, nos hace posible a nosotros la perfecta obediencia a su santa ley ahora y siempre. (Mateo 5:48; Juan 8:11; Efesios. 2:8; Génesis 17:1).

— XXI —

Que la fe de Cristo, y no cualquier otra fe, es el único instrumento mediante el cual podemos aceptar la palabra de Dios y ser justificados o ser hechos perfectamente justos. (Apocalipsis 14:12; Romanos 1:17; Gálatas 3:11); que cualquier otra fe, excepto la de Cristo, no vale nada y es en sí misma infidelidad o pecado (Romanos 14:23; 1. Juan 3:4; Santiago 2:19).

— XXII —

Que se prometió que el Espíritu de Dios se manifestaría en la comunión de los llamados* mediante

*La palabra griega "*ekklesia*" en la mayoría de las Biblias se traduce erróneamente como palabra "iglesia", aunque su verdadero significado es "comunidad de los llamados".

ciertos dones, enumerados especialmente en 1 Corintios 12 y Efesios 4; que estos dones no están diseñados para sustituir o reemplazar a la Biblia, la cual es suficiente para hacernos sabios para la salvación, así como la Biblia no tomar el lugar del Espíritu Santo; que, al especificar los diversos canales de su operación, ese Espíritu ha provisto su propia obra en el pueblo de Dios hasta el fin de los tiempos, para conducir a la comprensión de la palabra que había inspirado, para convencer del pecado y para obrar una transformación en el corazón y en la vida; y que aquellos que niegan la presencia y obra del Espíritu, niegan claramente esa parte de la Biblia que le asigna esta obra y posición.

— XXIII —

Que Dios, de acuerdo con sus tratos uniformes con el pueblo, envía por todo el mundo un anuncio de la proximidad de la segunda venida de Cristo; y que esta obra está simbolizada por los tres mensajes de Apocalipsis 14, el último mostrando la obra de reforma de la ley de Dios, para que su pueblo pudiera estar completamente preparado para ese evento.

— XXIV —

Que el tiempo de la limpieza del santuario (ver el principio XI), está sincronizado con la hora de la proclamación del mensaje del tercer ángel (Apocalipsis 14:9-10); que en aquel tiempo es el juicio investigador, primero refiriéndose a los muertos, y luego, al final del tiempo de gracia, a los vivos, para determinar quién de los innumerables ahora durmiendo en el polvo de la tierra son dignos de ser parte en la primera

resurrección, y quiénes de las multitudes vivientes son dignos de ser trasladados (1 Tesalonicenses 4:16-17); que esos son puntos que deben ser determinados antes que el Señor aparezca.

— XXV —

Que la tumba, adonde todos vamos, expresada por la palabra hebrea “*sheol*” y la palabra griega “*hades*”, es un lugar o condición, en el que no hay trabajo, ni ingenio, ni sabiduría, ni conocimiento. (Eclesiastés 9:10). Que la palabra hebrea “*sheol*” en la mayoría de las traducciones también se traduce erróneamente con la palabra infierno como también la palabra griega “*gehenna*” el cuál se menciona en el Nuevo Testamento. La Sagrada Escritura en ninguna parte usa la palabra infierno, porque esa palabra no existe en la Escritura, sino que fue insertada por traductores quienes creían en la doctrina pagana del tormento eterno. La palabra “*gehenna*” en la Biblia denota la destrucción final de los impenitentes en el lago de fuego (Mateo 10:28).

— XXVI —

Que el estado al que nos reduce la muerte es al estado de silencio, de inactividad y de total inconsciencia. (Salmos 146:4; Eclesiastés 9:5,6; Daniel 12:2).

— XXVII —

Que la humanidad será sacada de la prisión de la tumba mediante una resurrección corporal; que los justos tendrán parte en la primera resurrección, el cual se dará a cabo en la segunda venida de Cristo; y los malvados, en la segunda resurrección, que se dará a

cabo mil años después de la primera resurrección. (Apocalipsis 20:4-6).

— XXVIII —

Que en la última trompeta, 144 000 en total, los justos vivientes serán transformados en un abrir y cerrar de ojos, y con los justos resucitados serán arrebatados para encontrarse con el Señor en el aire, y así estar para siempre con el Señor. (1 Tesalonicenses 4:16-17; 1 Corintios 15:51-52; Apocalipsis 7:4, 14-17).

— XXIX —

Que estos salvados inmortalizados serán llevados luego al cielo, a la Nueva Jerusalén, a la casa del Padre, en la cual hay muchas moradas (Juan 14:1-3), donde reinarán con Cristo mil años, juzgando al mundo y a los ángeles caídos, es decir, repartiendo el castigo que se ejecutará sobre los malvados al final de los mil años (Apocalipsis 20:4; 1 Corintios 6:2-3); que durante este tiempo la tierra se encuentra en una condición desolada y caótica (Jeremías 4:23-27), descrita, como en el principio, por el término griego “*abussos*”, que significa “abismo” (Génesis 1:2); que aquí Satanás será confinado durante los mil años (Apocalipsis 20:1-2), y que él aquí es finalmente destruido (Apocalipsis 20:10; Malaquías 4:1); que esta “abismo” que él ha creado en el universo sea apropiadamente convertido, por un tiempo, en su fúnebre prisión y luego el lugar de su ejecución final.

— XXX —

Que al final de los mil años el Señor desciende con su pueblo y la Nueva Jerusalén (Apocalipsis 21:2), y

los impíos muertos resucitarán, subirán a la superficie de la tierra aún no renovada y se reunirán alrededor de la ciudad, el campamento de los santos (Apocalipsis 20:9), y el fuego de Dios descenderá del cielo y los devorará. Luego ellos serán consumidos, como la raíz y la rama (Malaquías 4:1), volviéndose como si nunca hubieran existido (Abdías 1:15-16). En esta destrucción eterna de la presencia del Señor (2 Tesalonicenses 1:9), los impíos enfrentarán el “castigo eterno” amenazado contra ellos (Mateo 25:46), que es la muerte eterna (Romanos 6:23); (Apocalipsis 20:14-15). Esta es la perdición de los hombres impíos, y el fuego que los consume es el fuego por el cual “los cielos y la tierra que existen ahora... están reservados por la misma palabra”, que derretirá incluso los elementos con su intensidad, y purgará la tierra de las manchas más profundas de la maldición del pecado (2 Pedro 3:7-12).

— XXXI —

Que los nuevos cielos y una nueva tierra brotarán por el poder de Dios de las cenizas del antiguo cielo y la tierra, y que esta tierra renovada, con la Nueva Jerusalén como su metrópoli y capital, será la herencia eterna de los santos, la lugar donde los justos habitarán para siempre. (2 Pedro 3:13; Salmos 37:11-29; Mateo 5:5).